

LA CASA ENCANTADA DE LA TORRETA

Mis recuerdos de la familia Melis, que vivía en la Casa Encantada de la Torreta comienzan en 1942, cuando el día de mi Primera Comuni3n, vestido de marinero y con el misalito de tapas de nácar y el rosario de marfil, mi madre me llevó allí para hacer una visita de cortesía a doña Rafaela Rignon, una respetable, elegante y simpática señora, viuda del doctor don José Melis Morell, al que un grupo de sectarios incontrolados asesinó el 23 de agosto de 1936, al comienzo de la Guerra Incivil.

Doña Rafaela me regaló una caja de bombones y todos sus hijos, Elvira, Carlos, Isabel, Pepe, Maruja y Rafaela me besuquearon y mientras doña Rafaela y mi madre tomaban el té, me llevaron casi en volandas al desván de la Casa Encantada.

Como en un cuento de hadas, parecía flotar polvo de oro en el aire y, de pronto, me encontré en un paraíso lleno de cosas mágicas: dos grandes baúles llenos de ropas antiguas con las que todos empezaron a disfrazarse. Un gramófono de bocina y manivela donde Isabel, de la mano de Rafaela, ponía una y otra vez canciones de Renata Tebaldi. Un estereoscopio en el que Pepe introducía bellísimas postales para poder verlas en relieve como si se salieran de aquel extraño aparato.

– No le pongas chicas desnudas, que acaba de comulgar –le advirtió Maruja.

También había una calavera y libros antiguos de medicina de su abuelo el doctor Fermín Melis, que se distinguió por su abnegada labor cuando la epidemia de cólera morbo asoló Beniopa en 1884.

En un rincón, un perchero de pie donde además de gorros, sombreros y pamelas, colgaban echarpes, bufandas y una boa, que parecía viva, con la que Carlos intentaba asustarme.

La Casa de la Torreta, construida alrededor de uno de los torreones de la antigua muralla de la actual calle Duque Carlos, fue para mí una torre de cine llena de magia y encanto; no sólo por lo que en ella se guardaba, sino principalmente por sus moradores que siempre fueron unos personajes de película. Desde doña Rafaela, que bien podría haber encarnado a la

encantadora viejecita de la película *El quinteto de la muerte*, hasta todos sus hijos, guapos, simpáticos, con un encanto especial, dignos de protagonizar cualquier película de Frank Capra o de Billy Wilder.

De los que guardo más claro recuerdo son de Elvirita, por ser de mi edad, de Isabel, la de la mirada dulce, madre de mi amigo Toni Durá y de Pepe que me contagió el amor por la buena vida. Y además desde que la familia se trasladó a vivir a Valencia, a la calle Poeta Quintana 2, estando yo interno en el colegio de la Malvarrosa, me llevaba todos los domingos a comer a su casa con doña Rafaela y todos sus hijos que me seguían mimando como el primer día que llegué a la Casa encantada de la Torreta.

Pero si tuviera que rodar una película, elegiría a Pepe Melis como protagonista. El sinfín de anécdotas de todo tipo que jalonaron su vida sería material idóneo para un magnífico guión. Era un médico fuera de lo corriente, simpático, extrovertido, generoso y sonriente, que tenía entre sus pacientes desde las marquesas de González de Quirós hasta el más modesto pescador del Grao.

Y para un bonito final, recuerdo su boda con Leyla, una bellísima italiana que parecía salida de los estudios romanos de Cinecittà.

José Miguel Borja